

LAS HORMIGAS

Enrique Jaramillo Levi

Estaba aburrida. Nadie me hacía caso. Le pedí cincuenta centavos a mamá. La usual respuesta: no hay dinero. Y luego seguía con el “tienes que aprender el valor del dinero. Cuando trabajes y te cueste ahorrar podrás comprenderlo”. Enseguida me mandó a jugar. No sé con quién se creía que iba a hacerlo. Vivíamos solas, muy lejos del pueblo. Hacía años había agotado todas las posibilidades de entretenerme inventando juegos. De todos modos me fui al charco a ver qué se me ocurría.

Me senté en la hierba. Al rato me fijé en un rayo de sol que caía sobre el agua manchada de aceite. Lo fui siguiendo con la vista hasta que se me perdió hacia arriba, escondido en la claridad del aire. Volví a recorrerlo, esta vez notando los innumerables mundillos de pelusa muy fina que flotaban iluminados hacia abajo hasta tocar el agua. No sé por qué recordé que en la escuela, hacía más de un año, la maestra había hablado de universos invisibles para nosotros, donde armónicamente giraban planetas desconocidos. Sentí una sensación muy rara en todo el cuerpo y por un momento tuve la impresión de que estaba a punto de desaparecer. Yo era tan insignificante como las pelusitas que casi nunca podían verse. De algún modo presentí que esos lejanos planetas no me necesitaban para existir. Una gran tristeza me produjo un leve mareo y cuando me repuse al ratito, ya se había apagado la cola larga del rayo de sol.

Pero enseguida vi nuevos reflejos bailoteando en el agua. Una hojita verde se mecía ahora frente a mí. Poco a poco se fue trasladando hacia la orilla del charco y al final quedó depositada junto al hormiguero que yo solía contemplar. Siempre me impresionó el ajetreo incansable de esas hormigas rojas. Me preguntaba si el mundo de inventos modernos que estudiaba en la escuela se había construido en un afán así. Ahora las veía salir y subirse rápidamente a la hoja hasta cubrirla por entero. Entre todas lograban ya moverla en dirección a su hogar. De pronto tuve ganas de ser como los obstáculos imprevistos que surgen todos los días impidiéndonos realizar nuestros proyectos. Me sentí como la fuerza invisible que un año atrás había hecho zozobrar el cayuco de papá.

Levanté la hoja repleta de hormigas y bruscamente la dejé caer en medio del charco. Observé atenta la desesperación que se hacía manifiesta en cada rincón de aquella superficie verde. Hubiera podido hundir con un dedo la hoja. No sé cuál habría sido la sensación que me hubiese podido invadir entonces. Pensé solamente que no tenía por qué sentir satisfacción ante la muerte de seres diminutos que no podían defenderse.

Saqué la hoja esperando ser picada por las hormigas y la deposité nuevamente sobre el atolondrado hormiguero. No me pasó nada y no sé por qué supuse que habían existido brevemente gritos y lamentos en aquel hormiguero —como los que se oyeron en nuestra choza al saberse la muerte de papá— que no pude escuchar momentos atrás desde la seguridad de mi estatura. En pocos segundos la hoja desaparecía por el hueco que ya casi no se veía.

La noche había llegado a mis espaldas y no me pedía permiso para instalarse en mi mundo. Tuve ganas de reír y tuve ganas de llorar. Pero mamá me llamaba ya para compartir con ella la breve cena de sus esfuerzos y yo entré a la choza para cederle un poco de mi hambre.

UNDERWOOD

Enrique Jaramillo Levi

La carta había demorado un mes en llegar. La tenía ahora frente a los ojos, desdoblada, convulsa entre sus dedos nerviosos. No lograba iniciar la lectura. Las letras se desdibujaban fundiéndose unas con otras como si el llanto las hubiese escurrido. Pero no lloraba. Hacía mucho tiempo que no se daba esa satisfacción. En cambio vacilaba, temeroso de la respuesta que había aguardado en secreto durante lo que ya parecía una vida. Se concentró, haciendo un esfuerzo enorme, y las letras fueron recuperando sus pequeñas estaturas, la separación breve y nítida que caracterizaba a la Underwood portátil que él mismo le había comprado poco después de la boda.

Todo el contenido podía resumirse en la última línea:

TE AMO AUN. LLEGO EL VIERNES.

Arrugó la hoja. Casi enseguida volvió a estirla. Sus ojos recorrían ávidos las disculpas, los ruegos, el esbozo de planes que habrían de realizar juntos. Ella había tenido la culpa de todo, aseguraba. Pero no volvería a ocurrir. Y luego venía la reafirmación de lo que él había rogado al cielo todas las noches. Y el anuncio escueto de su llegada. Suspiró. Al buscar la hora en su reloj, notó sorprendido que era viernes. Corrió hasta el auto anticipando el abrazo, sintiendo contra su cuerpo el arrepentimiento de ella, su vergüenza estremecida.

Esperó largas horas en la estación. Sus ideas se perdían en las más enmarañadas conjeturas. Recordó de pronto que no sabía a qué hora llegaría. Ni cómo viajaría hasta él. Hasta podía llegar en avión, nada tendría de raro. Entonces ¿por qué estaba él en la estación, esperando quién sabe qué autobús? Sin darse cuenta había manejado hasta allí, guiado quizá por la forma que había tomado tantas veces aquel sueño. Siempre la veía bajar sonriente, buscándolo con la vista, hasta que lo veía de pie junto a la columna que ahora sostenía su peso. Se dijo, angustiado, que era un imbécil.

Por suerte traía la carta. La desdobló presuroso. No había ningún indicio de cómo se transportaría hasta la ciudad. Pasaron los minutos y la incertidumbre se iba espesando en sus jadeos. ¿Cómo se le ocurría no explicar claramente la hora y el lugar de su arribo? No había cambiado. Seguía siendo

tan irresponsable como siempre. Tendría que tomar un taxi hasta la casa porque él no podía hacer nada más. Allá la esperaría.

La noche se hizo densa y angustiosa en su espera. De nada le servía leer arbitrariamente las revistas que lo rodeaban. Tampoco se distraía escuchando la radio ni saliendo al balcón a cada rato. Pronto serían las doce y entonces la llegada del sábado se encargaría de probar lo que él siempre había sospechado: era una mentirosa, la más cruel de las farsantes.

A la una de la mañana confirmó que ya nunca más le creería una sola palabra. Aunque llegaran mil cartas pidiéndole perdón o volviera a escuchar su voz suplicante por teléfono. Caminó hasta la pequeña Underwood, insertó un papel, tecleó aprisa. Las letras salían débiles, destintadas. Cambió la cinta. Escribió:

Querido Ramiro:

Tienes que perdonarme. Perdí el avión el viernes. Iré la próxima semana, sin falta. Ya te avisaré. Te amo, Debes creerme. . .

